

SOBRE LA SEGUNDA REVOLUCION AMERICANA

INTRODUCCIÓN

El 28 de mayo de 1958, el Presidente del Brasil, Juscelino Kubistchek, envió una carta personal a la Casa Blanca con motivo de «las agresiones y sinsabores sufridos por el Vicepresidente Nixon en su reciente viaje a los países latinoamericanos». El tema de la carta era un aviso y una requisitoria: «Ha sonado la hora de revisar fundamentalmente la política de entendimiento de este hemisferio y proceder a un examen de lo que se hace en favor de los ideales panamericanos con todas sus implicaciones. Existen una serie de incomprensiones que en este momento son fácilmente subsanables, mas pueden acrecentarse si no les prestamos debida atención.»

Eisenhower encontró de extremo interés la carta de su colega brasileño y propuso consultas primero entre ambos Gobiernos y luego con los demás de Hispanoamérica sobre «un mejor planeamiento en la promoción de los intereses comunes y del bienestar de nuestros diferentes países.» Agregaba: «Existe una vasta gama de asuntos que deben ser discutidos y analizados incluso, por ejemplo, el problema de una ejecución más completa de la Declaración de Caracas (1954).»

Tras estos dos textos diplomáticos y generales se oponían las dos versiones complementarias del problema americano: subdesarrollo y anticomunismo.

i

En efecto, Norteamérica ha tenido que asumir, por un azar para el que no se encontraba preparada, el papel de campeón del mun-

do libre, y tan magna ocupación ideológica y política le ha sido fatal para sus intereses permanentes en el hemisferio en donde tiene su sede geográfica. El primero y más duradero de los triunfos de la diplomacia americana ha sido cerrar el contiente a cualquiera de las ambiciones de la política mundial.

Los principios de la Revolución francesa, de los que tanto había sido precursora en su propia Revolución, le abrieron el camino de la América del Sur. Ya entonces una revolución europea exportaría sus ideas con daño para la propia supremacía política del continente europeo, entonces representado por España y Portugal.

Las colonias de S. M. Católica se convirtieron en Estados independientes entre sí, mejor aún, opuestos entre sí, pero que tenían que depender económicamente del vecino del norte. Cuando éste se apercebía de la incapacidad política para un sistema liberal y democrático de los pueblos del sur, a su posición dominante económica siguió un desprecio basado en la habilidad política propia.

Con variaciones en el método al compás de las necesidades de los tiempos y de la relativa suavización que conocieron las relaciones internacionales en los primeros años de este siglo, Norteamérica reinó indisputada en todo el continente. Edificó un sistema económico según su línea de capitalismo privado en concurrencia con otros capitales europeos, que no eran enemigos de importancia, pues en el momento de necesitar respaldo político las únicas fuerzas que lo podían dar eran los «marines» yanquis.

Sudamérica progresó, aunque lentamente, pero su progreso e incluso su prosperidad económica se daba en función de ser zona de expansión para los capitales norteamericanos. Se explotaron los recursos agrícolas y mineros del continente, se creó una red viaria; pero siempre al servicio de un *statu quo* que era el resultado de un compromiso entre las grandes familias hispanoamericanas y los grandes capitalistas yanquis. La forma política eran los acuerdos entre el Departamento de Estado y el dictador o presidente del momento, según que el país en cuestión pasase por una fase crítica o se hubiese llegado a una componenda entre los grupos rivales.

II

Pero desgraciadamente una nueva revolución ideológica europea esta vez traída no por «navíos de la ilustración», sino más bien

por «acorazados Potemkin», iba a arribar a las costas del nuevo mundo. Este tercer desembarco se retrasaría considerablemente. Durante el período de entreguerras, EE. UU. mantuvo con éxito su «América para los americanos», dejando al resto del mundo el disfrute de sus querellas comunistas y anticomunistas.

La gran crisis económica del 29 y sus consecuencias fueron más bien beneficiosas para Sudamérica. Sus materias primas siguieron vendiéndose en los mercados mundiales. La segunda guerra permitió buenos negocios, Norteamérica, que procuraba hacer participar a sus amigos y aliados americanos en estos beneficios, pudo sin grandes esfuerzos detener los brotes de fascismo en el Nuevo Continente.

En realidad, el fascismo tenía poco que hacer en Sudamérica. Lo que atraía a la mentalidad americana era la afirmación nacionalista en él contenida, así como una cierta solución en el marco nacional del problema social, que se había planteado en el Continente con cierta intensidad tras la primera guerra mundial. Por otra parte, la primera tentativa yanqui para elevar «the american Way» a la categoría de patrón de buena política interior, hecha por Wilson frente a los corruptos módulos europeos, iba a tener su incidencia en las relaciones con Hispanoamérica. Coolidge declararía que el objeto de la intervención armada en las repúblicas del Caribe era establecer la democracia, para la que los países del sur no parecían muy bien preparados.

Se ha achacado a la posición norteamericana una buena dosis de hipocresía. En realidad, los políticos yanquis se encontraron con una doble exigencia de la mentalidad nacional: hacer buenos negocios y predicar la libre iniciativa y las libertades democráticas. Lo malo es que no siempre todos hacen buenos negocios, y que en todo trato se gana, tanto en razón de la libertad para hacerlo como en la posición de fuerza desde la que se parta. Los buenos negocios en Hispanoamérica eran posibles en tanto se hiciesen con las clases acomodadas, que no necesitaban cambiar de estructura ya que en ellas participaban; pero sería muy distinto en el caso de las clases inferiores.

Cierto es que no se pueda culpar a los Estados Unidos de ciertos vicios inherentes a las clases dominantes de Hispanoamérica, como un cierto grado de ineficiencia e individualismo destructivo. Hay que comprender que los más hondos instintos de la naturaleza humana llevan a no esforzarse en modificar una si-

tuación ajena que por un lado nos beneficia y por el otro obligaría a actuar sin muchas esperanzas de éxito y contra la voluntad de los interesados.

III

Los ideales democráticos americanos se vieron estimulados hasta el romanticismo por la tensión de dos guerras contra ideologías contrarias: la caliente contra el fascismo y la fría contra el comunismo. Los americanos se lanzaron a predicar democracia a sí mismos para enardecerse, y a los otros para convencerlos de lo que ellos ya estaban convencidos. Y empezaron, por lo tanto, en Hispanoamérica, como en otras regiones, una política que a la larga había de ser funesta para sus intereses.

Cayó esta semilla coincidiendo con una época sudamericana de prosperidad económica, desarrollo industrial y crecimiento demográfico. Todo conspiraba, aun sin el aguijón del comunismo, a una promoción de las clases obreras. Por otra parte, la democracia se encontró con el nacionalismo tomado ahora al nivel popular, con sus mitos indigenistas tan distinto del nacionalismo criollo de las grandes familias que había predominado en el siglo anterior. El peronismo fué la incidencia de las corrientes en cuestión, con toques autoritarios que le hicieron ser tachado de fascista.

La infiltración de estas teorías significó el fin de los regímenes militares que se extendieron por América para permitir un aprovechamiento dentro del orden en las calles, del florecimiento económico o para evitar que las masas participasen en el mismo más allá de lo que podían concederle la estructura monopolista de aquellos países. Las repúblicas americanas se veían entre la inflación o la revolución, y optaron por la inflación acompañada por la represión. Como era de esperar, los partidos políticos apropiados del poder por las dictaduras gritaron a cuatro vientos las debilidades inevitables de este tipo de regímenes, hasta que los americanos se sintieron ofendidos en sus principios democráticos.

Al tiempo comenzó la caída de los precios de las materias primas ofrecidas por los países sudamericanos en el mercado mun-

dial. Y se añadió a la agitación política la inquietud y el malhumor de las épocas de baja.

Desgraciadamente no se trata de una simple racha de malos negocios, sino una tendencia de la economía mundial moderna. Los países subdesarrollados —y los americanos pronto se clasificaron entre ellos en cuanto al *status* mundial de los mismos comenzó a pagar internacionalmente— pierde cada vez más en sus tratos con los países industrializados y altamente desarrollados.

Los Estados Unidos han seguido, hasta la fecha indicada al comienzo de esta mera revisión, sin parar mientes en el verdadero remedio de los males de Sudamérica. El episodio del Gobierno Arbenz en Guatemala (1954) fué resuelto con arreglo a los procedimientos clásicos de intervención armada, ante el silencio del resto de los países americanos que se limitaron a aprobar lo ya hecho y a condenar al comunismo como ajeno a los ideales del continente en que conviven. Los Estados Unidos llegaron a pensar que el restablecimiento de los principios democráticos, solución política, purificaría el ambiente de Sudamérica y que el juego de los partidos contribuiría a que se colmasen las justas aspiraciones de las masas, evitando así el contagio comunista.

A este modo de errar les llevaba la ilusión ideológica, a la que más se aferraban, cuanto más difícil se les hacía ir contra el otro principio que hemos citado como impulsor de la política americana: la protección de sus intereses en el extranjero. El capitalismo americano en Sudamérica actúa aún como si nada hubiese pasado en el mundo, en el área metropolitana y en el área continental. Frente al magnífico gesto del Plan Marshall, frente a la estrategia de las ayudas a países africanos y asiáticos, América del Sur sigue entregada a la iniciativa privada. 30.000 millones supone el Plan Marshall, pagado con capitales estatales. En Iberoamérica habían invertidos unos diez mil millones de dólares de origen privado frente a no llegan a unos setecientos millones de ayuda americana. Se difería así la solución económica a un problema económico convirtiéndolo en otro político y no precisamente favorable a la política de los Estados Unidos.

IV

La revolución cubana, comenzada primero contra los abusos del régimen de Batista, pronto iba a convertirse en una acusación contra la totalidad de la política americana en el continente. Rusia, que no pierde ocasión de atizar cualquier fuego que debilite a su rival, comenzó a apoyarla, y su ideología en el plano económico ofrecía la otra vía para llegar a la autosuficiencia económica, garantía de la política. La táctica de infiltración comunista tenía uno de los campos más abonados del mundo, y lo que es un milagro, imputable en gran parte a la raigambre hispánica de lo cubano y a la influencia de la Iglesia católica, es que el régimen de Castro, pese a todas las presiones y sambenitos del exterior, no haya alcanzado el estadio de marxismo.

Pero la revolución cubana ha sido el clarinazo para todas las ideologías y regímenes de Hispanoamérica. Sus enemigos ven la amenaza del comunismo en el Continente; los «neutrales», pero anticomunistas, se alarman ante la infiltración soviética; los grupos exaltados de izquierdas han encontrado una meta a la que llegar y a la que han de referirse en sus proclamas si no quieren pasar por tímidos o traidores.

El Presidente del Brasil y los regímenes centristas (de izquierda o derecha) de Colombia, Venezuela, tras la primera etapa de la revolución, Argentina e incluso Chile, han elegido el camino de ganar la partida al comunismo no por la fuerza, sino por las reformas, pero desde el poder.

Ahí es adonde apuntaba la carta del Presidente brasileño y ofrecía la base para un reajuste de las relaciones intercontinentales. La necesidad de un gran plan de desarrollo conjunto de las repúblicas hispanoamericanas es algo de sobra conocido, pero cuya puesta en práctica se ha ido difiriendo. La novedad es el premio que ponen ahora las fuerzas moderadas que gobiernan como sucesoras de las dictaduras militares y que temen verse desbordadas por las izquierdas castristas.

La petición de ayuda a Estados Unidos es algo en lo que pueden estar de acuerdo todos los regímenes, a los que interese el mejoramiento de sus países y la contención de la revolución marxista, sin que aclaren qué es lo que les importa antes en estos dos objetivos. Incluso a algunos regímenes, ya muy pocos, que

creen que un anticomunismo represivo es la única solución, les interesa el apoyo económico norteamericano y la sanción de prestigio que esto supone para su política.

V

La realización práctica de las ideas anteriormente expuestas las tenemos en las sucesivas gestiones hechas por el Presidente del Brasil tras el cruce de cartas mencionado al principio. Decidió eludir el método norteamericano y plantear el problema ante todas las cancillerías americanas por medio de un Memorándum que definía la Operación Panamericana e indicaba el proceso que convenía seguir en seis puntos, siendo los tres más importantes «definición del subdesarrollo como problema de interés común», «medidas para estabilizar el mercado de productos básicos», «actualización y ampliación de los recursos de los organismos financieros internacionales».

Unos días antes, Kubistchek había escrito a Lleras Camargo, Presidente de Colombia, «apóstol del movimiento panamericanista», que en su juicio la guerra fría estaba llegando a Iberoamérica y ponía en peligro el sistema político-social de las veinte repúblicas. La única defensa ante ese peligro era acometer la inmensa tarea de «libertar de la miseria a muchos millones» de iberoamericanos. Lleras la contestó días más tarde, en aquel agosto de 1958: «No podemos seguir siendo solamente productores de materias primas, en competencia con los más bajos salarios de África y el Oriente.» Ni «seguir importando maquinaria en los momentos de buen precio de nuestros productos agrícolas y minerales en el mercado mundial, y aun sometiéndonos al rigor de procesos inflacionistas para sostener el nivel de desarrollo». «Nuestra revolución industrial tiene que complementarse, pero sufre graves alternativas cuando quiera que los precios de nuestros artículos de exportación descienden y no se pueden importar bienes de capital y materias primas todavía indispensables.»

«Sólo una industrialización que nos haga libres de la zozobra constante de los precios de nuestros artículos básicos, una rápida sustitución de importaciones esenciales y un mejoramiento sustancial de los métodos de producción agrícola, pueden garantizar la paz social y política de estas veinte naciones.»

La politización de problema, con una claridad meridiana, se daba en un párrafo que se debe subrayar: «Hasta ahora hemos buscado y preferido el desarrollo de nuestra América dentro de las grandes líneas del sistema de empresa privada, libertad económica y libre competencia, a ejemplo de los Estados Unidos y de acuerdo con sus principios, cuya eficacia no admite controversia en cuanto a ellos se refiere.» «Pero el mundo está contemplando con vivo interés otro proceso de desarrollo tecnológico hecho contra esas grandes líneas, con el sacrificio total de las libertades y derechos de la persona humana, para producir, bajo una dirección despótica de la economía, resultados semejantes a los asombrosos de la civilización material de los Estados Unidos. Esta última nación ha aceptado el desafío en remotas regiones de Asia, en las islas de Oceanía, en Africa y en Europa... En ese empeño ha habido prioridad de urgencia que nadie podía discutir. Pero está llegando el momento en que habrá que tomar decisiones rápidas para impedir que nuestros pueblos se desengañen...» Era necesario hacer «el experimento decisivo de transformar las condiciones de países atrasados sin que ninguno de los principios políticos, morales y jurídicos de nuestra civilización tengan que sacrificarse...» «El desenvolvimiento latinoamericano es ya una carga para el mundo occidental y puede convertirse en un grave peligro. Existe la posibilidad de estimular el desenvolvimiento económico y convertir el continente entero en una reserva de libertad, realizando la experiencia decisiva de transformar las condiciones de países atrasados, sin sacrificar a este objetivo ninguno de los principios morales, jurídicos o políticos de nuestra civilización. Es lo que, en mi opinión, significa el llamamiento de V. E. para una nueva, fuerte y decidida cooperación interamericana.»

VI

La maquinaria diplomática se puso en movimiento. El Consejo de la OEA, en su sesión especial de 24 de septiembre, en Washington, resolvió establecer la «comisión especial para estudiar la formulación de nuevas medidas de cooperación económica», llamado desde entonces «Comité de los 21».

Con la creación de esta Comisión especial, en la que quedaban representados los veintiún países miembros de la organización, se

comenzó el proceso de la reestructuración económica interamericana y se inició la importante etapa de preparación de planes y estudios de la Operación Panamericana.

La primera reunión del Comité tuvo lugar en Washington, del 17 de noviembre al 12 de diciembre de 1958. Los países cuidaron de elegir a representantes que fueran personalidades prestigiosas; lo presidió el ex-Presidente colombiano Dr. Alfonso López. Se creó una Subcomisión de Coordinación integrada por once países, la cual aprobó el temario y procedimiento de trabajo del mismo, y se designó un grupo de trabajo encargado de transformar las medidas acordadas en los diversos debates, en conclusiones y recomendaciones para ser presentadas al Comité en la II Reunión, en Buenos Aires,

Al terminar sus labores, el Comité publicó una Declaración, en la que resaltaba el ambiente de cordialidad que reinó en el intercambio de puntos de vista sobre las materias tratadas dentro de una firme creencia en la necesidad de la colaboración continental.

Estas materias fueron: la necesidad de financiar el desarrollo económico, y para ello se propuso la creación de una institución interamericana de Fomento económico de atraer los capitales extranjeros; problemas derivados de la dependencia de la exportación de uno o varios productos, y las oscilaciones del precio de los mismos en el mercado mundial de elevar la capacidad técnica y la eficiencia en el trabajo.

La segunda reunión del Comité tuvo lugar en Buenos Aires, del 27 de abril al 8 de mayo de 1959, asistiendo a la misma observadores de organismos y organizaciones internacionales. Se presentaron 35 proyectos de resolución para ser presentados al Consejo de la Organización. Los más importantes trataban de: un programa de estudios por países para analizar las realizaciones y problemas del desarrollo económico; medidas para incrementar la corriente de inversiones privadas; para aumentar la corriente de capital público; creación de una Oficina Panamericana de Información para el fomento de las inversiones privadas; de un Banco Interamericano de Desarrollo; estudio de los mercados para la exportación americana; estudios sobre las diversas ramas de la producción sudamericana; problemas de trabajo y productividad, etcétera, y continuación de la Operación Panamericana por medio de la «Subcomisión del Comité de los 21».

El Consejo de la OEA, en su sesión extraordinaria del 8 de

julio, aprobó todas las resoluciones y con arreglo a la última se designó una Subcomisión compuesta por nueve países, cuyas funciones eran mantener contacto con los Organismos Internacionales especializados en las materias tratadas; colaborar en la mejor adaptación de estos Organismos a las nuevas modalidades de cooperación; recibir y examinar nuevas iniciativas, y, por último, recomendar al Consejo de la Organización la convocatoria de la Comisión Especial antes de la XI Conferencia Panamericana.

Una de las recomendaciones del Comité ha dado como resultado la creación del Banco Interamericano de Desarrollo mediante un Convenio suscrito en Washington el 8 de abril de 1959 por representantes de todas las Repúblicas Americanas. (Vide nota.)

Respecto a la Subcomisión, el Presidente de la Comisión Especial debe nombrar a los países que la integran y se espera que esos nueve sean aquellos que tengan las economías más desarrolladas junto con algún país menor.

VII

Entre tanto, el Presidente del Brasil, con fecha 23 de febrero, ha enviado al de los Estados Unidos un «Aide-Memoire» que contiene cinco puntos:

- 1.º Refuerzo de los medios de financiación del desarrollo de Hispanoamérica preferentemente a través del Banco Interamericano de desarrollo;
- 2.º Plan técnico de desarrollo de la agricultura y de la industria de productos alimenticios;
- 3.º Asegurar los precios de las materias primas base de la estabilidad económica y social de Iberoamérica;
- 4.º Formación de técnicos y campaña contra el analfabetismo, y
- 5.º Ayuda financiera y técnica para crear un organismo interamericano de investigaciones con objeto de estimular el desarrollo industrial de Hispanoamérica.

Tal es la situación en el momento presente que se puede enjuiciar políticamente así:

- 1.º Todos los estadistas americanos se hallan convencidos de la necesidad de empezar a realizar el plan de desarrollo económico.
- 2.º Se juzgan insuficientes las ayudas americanas. Posición ex-

NOTA.—El Banco cuenta con un fondo de 1.000 millones de dólares, aportando Estados Unidos el 40 por 100 de esta cantidad.

trema es la de Fidel Castro, que en la reunión de Buenos Aires declaró que hacían falta 30.000 millones para la capitalización de esa Operación Panamericana.

3.º Estados Unidos está ganando tiempo hasta fines de año, en que las elecciones despejarán la incógnita de cuál va a ser la orientación en los cuatro próximos años.

4.º La Administración republicana es, pese a los viajes de Foster Dulles, poco permeable a un cambio de método de financiación en Hispanoamérica o a incrementar la carga de la Tesorería en un mal momento económico con un nuevo Plan Marshall.

Junto a ello abundan las muestras de un sincero deseo de enfrentarse conjuntamente con los problemas del Continente. Así, este mes de febrero ha visto cómo se firmaba el Tratado que crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, entre siete países impulsados por el ejemplo y la amenaza de las uniones económicas europeas: Argentina, Brasil, Chile, Méjico, Paraguay, Perú y Uruguay.

Tiende esta Asociación al establecimiento de una zona de libre comercio en el plazo de doce años por medio de reducciones progresivas de los derechos aduaneros sobre una base de reciprocidad, que será fijada en negociaciones periódicas. Los países que la integran representan el 70 por 100 de la superficie total, de la población y de la producción agrícola e industrial de Iberoamérica.

Aunque de menor importancia, también tres miembros del Tratado de Libre Comercio centroamericano —Honduras, Guatemala, Salvador—, han firmado un acuerdo adicional al mismo estableciendo una Asociación Económica Centroamericana que facilita la libre circulación de bienes, capitales y personas con un plazo de cinco años para constituir una unión aduanera.

IX

La segunda revolución americana está en marcha y por el momento llevada por las fuerzas responsables del Continente. Ahora bien: toda revolución tiene un ritmo, y para evitar que ésta lo pierda y se convierta en un torbellino catastrófico, esperemos que los Gobiernos sepan no perder tiempo y llevar el paso de los cambios económicos y sociales que se revelan tan necesarios, sin

dejarse arrastrar por aquélla por bien suyo y del mundo entero. No hay peor tentación que la de la facilidad, y hoy en día lo fácil es quemar la dignidad humana en aras de un desarrollo económico al uso soviético.

Los Gobiernos americanos que han visto con claridad esta tentación y están dispuestos a rechazarla, bien merecen todos los apoyos y que sus esfuerzos traigan el éxito y la prueba de que se puede llegar al bienestar por los caminos de la libertad y dignidad cristianas.

R. JIMÉNEZ DE ROA

R É S U M É

L'échange de lettres entre le Président du Brésil et le Président Eisenhower, en 1958, a ouvert une nouvelle époque dans les relations interaméricaines. Le principe de non intervention des Puissances extraaméricaines dans les affaires du Nouveau Continent, base de la politique des Etats Unis se voit menacé. Une seconde révolution menace l'Amérique favorisée par la structure économique organisée par les intérêts des classes supérieures hispano-américaines et le capitalisme yanqui.

Les gouvernements modérés d'Amérique s'unissent pour éviter que le communisme puisse tirer partie de cette situation, car ils désirent conserver les valeurs de liberté et de dignité humaine, base de la civilisation occidentale, sans renoncer pour cela au développement économique.

Ils ont sollicité l'aide des Etats Unis et ont fait cristalliser ce projet en créant le Comité des 21 qui mettra en pratique «l'Opération Panaméricaine», pour le développement du Continent. La Banque Interaméricaine et, en ce mois de février, la signature de traités parallèles qui associent deux groupes de pays sont d'autres réalisations dans ce sens. Le premier traité est le traité de l'Association Latino Américaine du libre commerce entre l'Argentine, le Brésil, le Chili, le Mexique, le Paraguay, le Pérou et l'Uruguay.

Le second est le traité du Libre Commerce de l'Amérique Centrale avec son Accord additionnel qui crée une Association Economique d'Amérique Centrale entre le Honduras, le Guatemala et le Salvador.

L'Aide Memoire publiée par le Gouvernement Brésilien, expose en cinq pointes les nécessités les plus urgentes du Continent.

Les Gouvernements américains méritent toutes sortes de succès dans leurs projets pour le bien de la civilisation occidentale.

S U M M A R Y

The exchange of correspondence between the President of Brazil and President Eisenhower in 1958 opened a new epoch in inter-American relations. The principle of no intervention of extra-American Powers in matters concerning the New Continent is threatened, and this is fundamentally the basis of the United States' policy. A second revolution threatens America fertilized by the economic structure organized by the high Spanish-American classes and Yankee capitalism.

America's moderate governments are united to prevent Communism from deriving profit from this situation, as they wish to conserve human liberty and dignity, values which form the basis of Western civilization, without renouncing economic development.

These Governments have applied to North America for help and this aim has materialized in the founding of the "Comité de los 21" which will carry out the "Operation Pan America", for the development of the Continent. Other achievements along this line are the Inter-American Bank (Banco Interamericano) and in the month of February, two parallel treaties associating two groups of countries are to be signed. The first is the Latin American Association free trade treaty drawn up between the Argentine, Brazil, Chile, Mexico, Peru and Uruguay.

The second is the Free Trade Treaty of Central America with an additional Agreement forming an Economic Central American Association between Honduras, Guatemala and Salvador.

The Aide Memoire published by the Brazilian Government, summarizes the Continent's most urgent needs in five essential points.

The American Governments deserve every success in their aims to improve Western civilization.

